

era de todos muy temido, hasta que su hijo Aboabdill fué grande, y entre él y el padre hubo grandes diferencias, y el hijo fué alzado por rey en favor de los caballeros de Granada, que estaban mal con su padre, por ver los agravios que dél habían recibido; otros seguían la parte del padre. De aquesta manera andaban las cosas de la ciudad y reino de Granada, y no por eso dejaba de estar en su punto, siendo bien gobernada y regida; y es de saber, que de los treinta y dos linajes de caballeros que había en Granada, los que sustentaban la corte eran los que aquí nombraremos, porque hace mucho al caso á nuestra historia, así como lo escribe el moro Abenhamin, historiador de aquellos tiempos, desde la entrada de los moros en España; pero este Abenhamin tuvo cuidado de recoger los papeles y escrituras que trataban de Granada, y su fundación primera y segunda; y los caballeros que mas se estimaban en Granada eran los siguientes: Alhamares, Abencerrajes, Llegas, Abenamares, Almoradis, Gomeles, Mazas, Gazules, Alabeces, Venegas, Zegries.

Los caballeros Abencerrajes eran muy estimados, por ser de esclarecido linaje, descendientes de aquel valeroso capitán Abencerraje, que vino con Muza en tiempo de la gran derrota de España: deste y de dos hermanos suyos descendieron estos caballeros Abencerrajes de sangre real. Hallaríanse los hechos destes insignes caballeros en las crónicas de los reyes de Castilla, á las cuales me remito. Los que tenían mayor amistad con estos caballeros eran los Maliques Alabeces y el valiente Muza, hijo bastardo del rey Mlahazen. Era Muza muy valiente y robusto, y todos le amaban por su nobleza. A la sazón había en Granada muchas fiestas, á causa de haber recibido la corona el rey Chico, aunque contra la voluntad de su padre, el cual vivía en el Alhambra, y el rey Chico en el Albaizin y Alcazaba, visitándole los caballeros mas principales, por quien había recibido la corona, así Abencerrajes como Gomeles y Mazas. Pasando estas cosas, el muy valeroso maestre de Calatrava don Rodrigo Tellez Giron, con mucha gente de á caballo y de á pié, entró á correr la vega de Granada, y hizo en ella algunas presas; y no contento con esto, quiso saber si había en Granada algun caballero que con él quisiese escaramuzear lanza por lanza; y sabiendo cómo en Granada hacían fiestas por la nueva elección del rey Chico, acordó de enviar un escudero con una letra suya al rey, el cual estaba en Generalife, holgándose con muchos caballeros, y en llegando el escudero pidió licencia, y dióselo; y siendo en presencia del rey, hizo el acatamiento debido, y dió el recado de su señor el maestre. El lo recibió y lo hizo leer alto que todos lo entendiesen, y decía así:

«Poderoso señor: tu Alteza goce la nueva corona, que por tu valor se te ha dado, con el próspero fin que deseas. De mi parte he sentido gran contento, aunque diversos en leyes; mas confiado en la grande misericordia de Dios, que al fin tú y los tuyos vendreis al conocimiento de la santa fe de Jesucristo, y querrás amistad con los cristianos. Y pues ahora hay tantas fiestas por tu nueva corona, es justo que los caballeros de tu corte se alegren y reciban placer, probando sus personas con el valor que dellos por el mundo se publica. Y así por este respeto yo y mi gente hemos entrado en la vega, y la hemos corrido; y si acaso alguno de los tuyos quisiere salir al campo á tener escaramuza uno á uno, déles tu Alteza licencia para ello, que aquí aguardo en el Fresno gordo, cerca de tu ciudad. Y para esto doy seguro que de los míos no saldrán mas de aquellos que salieren de Granada para escaramuzear. Cesó besando tus reales manos. — El maestre don Rodrigo Tellez Giron.»

Leída la carta, el rey con alegre semblante miró á todos sus caballeros, y viólos andar alborotados y con deseo de salir á la escaramuza, pretendiendo cada uno dellos la empresa; y el rey, como los vió así andar, mandó

que se sosesasen, y preguntó si era justo salir á la escaramuza que el maestre pedía, y todos respondieron, que era cosa muy justa salir, porque, haciendo lo contrario, serían reputados por caballeros de poco valor y muy cobardes, y sobre ello hubo muchos pareceres, sobre quién saldría á la escaramuza, ó cuántos; y fué acordado que no fuese aquel día mas que uno á uno á la escaramuza, que después saldrían mas; y sobre quién había de salir hubo muchas y grandes diferencias entre todos, de modo que fué necesario que entrasen en suerte doce caballeros, y que del que saliese primero de una vasija de plata su nombre escrito, que aquel saliese. Así acordado, los que fueron escritos para las suertes fueron los caballeros siguientes: Mahomad Abencerraje, el valiente Muza, Malique Alabéz, Mahomad Maza, Mahomad Almoradi, Albayaldos, Venegas Mahomet, Abenamar, Mahomad Gomele, Almadán, Mahomad Zegri, el valiente Gazul.

Todos estos caballeros fueron señalados, y escritos sus nombres y echados en una vasija, los revolviéron muy bien, y la reina sacó la suerte, y leída decía *Muza*. La alegría que sintió fué grande, y los demás caballeros envidiaban, porque cada uno dellos se holgara en extremo ser el de la suerte, por probar el valor y esfuerzo del maestre. Y aunque después desto entre todos los caballeros fué conferido y debatido que mejor fuera salir cuatro á cuatro, ó seis á seis, no se pudo aceptar con Muza; y así luego se escribió al maestre una carta, y dándosela al escudero en respuesta de la que había traído, le enviaron; y llegando á la presencia del maestre, le dió la carta del rey Chico, que decía así:

«Valeroso maestre: muy bien se muestra en tu virtud la nobleza de tu sangre, y no menos que de tu bondad pudiera salir el parabién de mi elección y real corona, lo cual me ha puesto en obligacion de acudir á todo lo que á la amistad de un verdadero amigo se debe tener; y así me obligo á todo aquello que de mí y de mi reino hubiere menester. Con muy comedidas razones envías á pedir á mis caballeros escaramuza en la Vega, por alegrar mi fiesta, lo cual agradezco grandemente. Entre los principales caballeros desta corte se echaron suertes por quitar diferencias, á causa de que cada uno quisiera verse contigo; cayóte la suerte á mi hermano Muza: mañana se verá contigo debajo de tu palabra, que de ninguno de los tuyos será ofendido. Conocido tengo que será muy de ver la escaramuza, por ser entre dos tan buenos caballeros. Queda aquí para lo que cumpriere. — Audalá, rey de Granada.»

Alegre fué el maestre con la respuesta del rey, y aquella noche se retiró gran trecho la tierra adentro: mandó á su gente que estuviese con cuidado y vigilancia toda la noche, porque los moros no les diesen algun asalto. Venida la mañana se acercó á la ciudad, llevando para su guarda cincuenta caballeros, y dejando el resto gran trecho apartado, avisándoles que estuviesen alistados por si los moros rompían la palabra de seguro que estaba dada: así estuvo aguardando á Muza para hacer con él batalla.

CAPITULO IV.

Que trata de la batalla que el valiente Muza tuvo con el maestre, y de otras cosas que también pasaron.

Así como el mensajero del valeroso maestre partió con la carta acetando el desafio, el rey y todos los caballeros quedaron tratando dél y de otras cosas. La reina y las damas no holgaron del desafio, porque sabían bien que el valor del maestre era grande, y muy diestro en las armas, y á quien mas pesó deste desafio fué á la hermosa y discreta Fátima, del linaje Zegri, que amaba de secreto mucho á Muza; pero él adoraba á la hermosa Daraja, hija de Mahomet Alabéz, y hacia en su servicio señaladas cosas; mas Daraja no amaba á Muza, porque tenía todo su

amor puesto en Abenjamin, caballero Abencerraje de mucho valor: el Abencerraje amaba á la hermosa Daraja, y la servía. Volviendo pues á Muza, aquella noche siguiente aderezó todo lo necesario para la batalla que había de hacer, y la Fátima le envió con un paje suyo un rico pendoncillo para la lanza, el medio morado, y el otro verde, todo recamado con riquísimas labores de oro, y sembradas por él muchas FF, que declaraban el nombre de Fátima. El paje le dió á Muza diciendo: «valeroso señor, Fátima, mi señora, os besa la mano, y os suplica pongais en vuestra lanza este pendoncillo en su servicio, porque será muy contenta si lo lleváis á la batalla.» Muza tomó el pendoncillo, mostrando muy buen semblante, porque era para con las damas cortés, aunque él mas quisiera que fuera de Daraja; pero por ser tan discreto como valiente, lo recibió, diciendo al paje: «amigo, di á la hermosa Fátima que tengo en muy grande merced y favor el pendoncillo que me envía, aunque en mí no haya méritos para prenda de tan hermosa dama, y que Alá me dé gracia para que la pueda servir, y que la prometo de ponerle en mi lanza, y de entrar con él en la batalla, porque sé que con tal prenda, y enviada de tal mano, será muy cierta la victoria de mi parte.» El paje fué muy contento, y en llegando á Fátima le dijo todo lo que con el valiente Muza había pasado, que no fué poca alegría para Fátima.

Pues el alba no había bien rompido, cuando Muza ya estaba aderezado de todo punto para salir al campo, y dando dello aviso al rey, se levantó y mandó que tocasen las trompetas y clarines, al son de los cuales se juntaron muchos caballeros, sabiendo ya la ocasión dello. El rey se aderezó aquel día muy galán: llevaba una marlota de tela de oro, tan rica, que no tenía precio, con tantas perlas y piedras de valor, que muy pocos reyes las pudieran tener tales. Mandó el rey que saliesen doscientos caballeros muy bien alistados, para pelear por la seguridad de su hermano Muza. Aun no eran los rayos del sol bien tendidos, cuando el rey Chico y su caballería salió por la puerta de Bialmazón, llevando á su lado á Muza, y con él los caballeros: iban tan gallardos que era muy de ver. No menos parsear y gallardía llevaban los demás caballeros de pelea, y parecían tan bien con sus adargas blancas, lanzas y pendoncillos, con tantas divisas y cifras en ellos, que era maravilla. Iba por capitán de la gente de guerra Mahoma Alabéz, gallardo y valiente caballero, y muy galán y enamorado de una dama llamada Cobayda. Llevaba este valiente moro un listón morado en su adarga, y en él por divisa una corona de oro, y una letra que decía: *De mi sangre*, dando á entender que venía de aquel valeroso rey Almohabez, que murió á manos del infante don Sancho; y la misma divisa llevaba el gallardo moro en su pendoncillo.

Así salieron estas dos cuadrillas, y anduvieron hasta donde estaba el belicoso maestre con sus cincuenta caballeros aguardando, no menos aderezados que la contraria parte. Luego como llegó el rey, tocaron sus clarines, y respondieron las trompetas del maestre. Después de haberse mirado los unos á los otros, el valeroso Muza no veía la hora de verse con el maestre, y pidiendo licencia á su hermano el rey, salió con hermoso donaire y gallardía, mostrando en su aspecto el valor y esfuerzo que tenía. Llevaba el bravo moro su cuerpo bien guarnecido; sobre un jubon de armar, una muy fina cota que llaman jacerina, y encima un peto fuerte, aforrado en terciopelo verde; sobre ella una rica marlota del mismo terciopelo, labrado con oro, y por ellas sembradas muchas DD de oro, hechas en arábigo. Esta letra llevaba el moro por ser principio del nombre de Daraja, á quien él tanto amaba. El bonete era verde con ramos de oro labrado, y labradas con las mismas DD. Llevaba una adarga hecha en Fez, y atravesado por ella un listón verde, y en el medio

una cifra; y era una mano de una doncella, que apretaba con ella un corazón, del que salían gotas de sangre, con una letra que decía: *Mas merece*. Iba tan gallardo el valiente Muza, que cualquiera que le miraba quedaba aficionado á las galas.

El maestre echó de ver luego que aquel era con quien había de escaramuzear, y mandó á todos sus caballeros que ninguno se moviese en su socorro, aunque le viesen puesto en necesidad, y fuéese poco á poco acia donde venía el gallardo Muza. Iba el maestre bien armado, y sobre las armas una ropa de terciopelo azul, recamado de oro, el escudo verde en campo blanco, y en él puesta una cruz roja, la cual señal también llevaba en el pecho. El caballo era bueno, rucio rodado. Llevaba en la lanza un pendoncillo blanco, y en él la cruz roja, y debajo della una letra que decía: *Por esta y por mi rey*. Parecía tan bien, que en verle daba contento, y cuando el rey le vió dijo á los que con él estaban: «no sin causa este caballero tiene gran fama, porque en su talle y buena disposición muestra el valor de su persona.»

Llegaron los dos valientes caballeros cerca el uno del otro, y después de haberse mirado muy bien, el que primero habló fué Muza: «por cierto, valeroso caballero, que vuestra persona muestra bien claro ser vos el que la fama publica; y así digo, que vuestro rey se puede tener por bien afortunado en tener un tan estimado caballero como vos sois; y por la fama que el mundo tiene de vos, yo me tengo por muy dichoso de entrar con vos en batalla, porque si Alá quisiese que alcanzase victoria de tan buen caballero, todas las glorias dél serian mías, que no poca honra y gloria sería para mí y para todo mi linaje; y si yo quedare vencido, no sentiré tanta pena, por serlo de tan buen caballero.» Con esto feneció el gallardo Muza sus razones, á las cuales respondió el valeroso maestre con mucha cortesía, diciendo: «por un recado que ayer recibí del rey sé que os llaman Muza, de quien no menos fama se divulga que la que decis de mí, y que sois su hermano, descendiente de aquel esforzado y antiguo capitán Muza, que en tiempos pasados ganó gran parte de nuestra España; y así estimo tener con vos batalla; y pues cada uno de su parte desea la gloria y honra della, vengamos á ponerlas en ejecucion, dejando en manos de la fortuna el fin del caso, y no aguardemos á que se nos haga mas tarde.» El gallardo moro, que oyó aquellas razones al maestre, se sintió avergonzado por haber dilatado tanto tiempo la escaramuza, y sin responder palabra alguna, con mucha presteza rodeó su caballo, y apretándose el bonete en la cabeza, debajo del cual llevaba un muy fino y acerado casco, se apartó un gran trecho, y lo mismo había hecho el maestre.

A este tiempo la reina y todas sus damas estaban puestas en las torres del Alhambra, para desde allí mirar la fuerte escaramuza. Fátima estaba junto á la reina, juntamente con sus damas, ricamente vestida de damasco verde y morado, y era del propio color del pendoncillo que le había enviado al valiente Muza: tenía por toda la ropa sembradas muchas MM griegas, por ser la primera letra de su amante Muza. El rey, como vió apartados á los caballeros, y que aguardaban la señal de batalla, mandó tocar sus clarines, á los cuales respondieron las trompetas del maestre. Siendo la señal hecha, arremetieron los caballeros el uno para el otro con tan grande furia y braveza, que cada uno sintió el valor de su contrario en los encuentros que tuvieron; mas ninguno perdió la silla, ni hizo mudanza alguna; las lanzas no se quebraron, la adarga de Muza fué falseada, y el hierro de la lanza tocó en la fina coraza, y rompió parte della, y pasó en la jacerina, sin hacerle otro mal. El encuentro de Muza pasó el escudo al maestre, y el hierro de la lanza tocó en el peto fuerte, que á no serlo fuera herido. Los caballeros sacaron las lanzas, y con grande destreza comenzaron á

escaramucear, rodeándose el uno al otro, procurando herirse; pero aunque era bueno el caballo del maestre, no era ligero como el del moro, á cuya causa no podía dar golpe á gusto, por andar Muza tan ligero; y así entraba y salía con velocidad el moro, dándole algunos golpes al maestre, el cual, como vió la ligereza del caballo del contrario, acordó, fiando en la fortaleza de su brazo, de tirarle la lanza, y aguardó á que el moro le entrase, y viéndole cerca terció la lanza, y levantóse sobre los estribos, y con fortaleza jamás vista le arrojó la lanza. Muza quiso hurtarle el cuerpo, y revolvió la rienda al caballo por huir del golpe; pero no lo hizo tan á su salvo, que llegando primero la lanza del maestre, le pasó el cuerpo al caballo; alborotóse saltando, dando vueltas y empuñándose, y dando grandes corcovos; y visto por el moro, temiendo no le viniese algún daño por aquella causa, saltó en tierra, y con osado ánimo se fué al maestre para desjarretar el suyo, y dél entendido, saltó tan ligero como el viento; y embrazando el escudo, la espada desnuda, se fué á Muza, el cual venía lleno de cólera y saña contra él, por haberle herido tan mal su caballo; y con una cimitarra fué á herir al maestre, el cual le ofendía bien y le maltrataba; peleando á pié, y cerca el uno del otro, se daban tan recios y desaforados golpes, que no bastaba fuerza de los escudos y de las armas, que con la fortaleza de sus brazos no se deshiciese y rompiese; y como el valeroso maestre era muy diestro y cursado en las armas, y mas fuerte que Muza, puesto que el moro era valiente y de animoso corazón, quiso mostrar dónde llegaba su valor, y afirmando su espada sobre la cimitarra de Muza, fué al reparo, y el maestre con muy gran presteza le hirió en la cabeza sin poderlo remediar el gallardo moro: cortóle con la cuchillada la mitad del bonete, y vino el penacho al suelo; y si el casco no fuera tan fino, fuera la herida mas peligrosa, y quedó Muza casi aturdimiento del golpe; y viendo cuán á maltratar le traía el maestre, volviendo en sí acudió con su cimitarra con destreza, y descargó un golpe muy recio. El maestre lo recibió en el escudo, el cual fué cortado por medio, por ser fuerte el golpe que en él le dió, y le rompió asimismo la manga de la loriga, y le alcanzó á herir de una pequeña herida en el brazo, de la cual le salía mucha sangre, y fué causa de que el maestre se encendiese en cólera y saña, y queriendo vengarse, acometió con un golpe á Muza en la cabeza, el cual con presteza fué al reparo porque no le hiriera. El maestre, viendo que acudió al reparo, bajó la espada, y de revés le dió una herida en el muslo, que no le aprovechó la loriga que llevaba encima, para que no entrase la espada del maestre. De aquella suerte andaban los valerosos caballeros muy encarnizados, dándose muy grandes y fieros golpes.

Quien mirara á la hermosa Fátima, conociera claro que amaba á Muza, porque así como vió el bravo golpe que el maestre dió á su amante y querido Muza, del cual le derribó el bonete y penacho, temió quedaba mal herido; y viendo el caballo muerto, no lo podía sufrir, y así de todo punto perdió su color con un desmayo cruel que le dió, y cayó sin sentido en el suelo. La reina mandó que le echasen agua en el rostro, y echándose la volvió en sí, y abriendo los ojos dió un suspiro, diciendo: «¡oh Mahoma! ¿por qué no te dueles de mí?» Y tornándose á amortecer, la mandó la reina llevar á su aposento y que la regalasen. Jarifa, Daraja y Cobayda la llevaron con mucha presteza, haciendo muchos remedios, hasta que la bella mora volvió en sí, y les dijo á Daraja y á Jarifa que la dejasen sola, porque quería reposar un poco. Estas lo hicieron así, y se tornaron adonde estaba la reina mirando la escaramuza, que á la sazón estaba mas encendida, pero manifiesta en la ventaja que el maestre llevaba á Muza, por ser mas diestro en las armas; puesto que Muza era de grande esfuerzo y valor, y no mostró jamás

punto de cobardía, y mas en aquella ocasion, antes redoblaba sus golpes, hiriendo al maestre.

Al moro le salía mucha sangre de la herida del muslo, y era tanta, que Muza sentía bien la falta della, y estaba desfallecido y débil; lo cual visto por el maestre, considerando que aquel moro era hermano del rey de Granada, y que era también muy estimado, y deseando también con muchas veras que fuese cristiano, y que siéndolo, le podría ganar algo en los negocios de la guerra en provecho del rey don Fernando, determinó con todo cuidado de no proseguir la sangrienta batalla, y de tener amistad verdadera con el valiente Muza; y así luego se fué retirando afuera, diciendo: «valeroso Muza, parece-me que para negocios de fiestas hacer tan sangrienta batalla como la que hacemos, no es justo; démosle fin, si te pareciere, que á ello me mueve ser tú tan buen caballero, y hermano del rey, de quien tengo ofrecidas mercedes; y no digo esto porque de mi parte sienta haber perdido nada del campo ni de mi esfuerzo, sino porque deseo amistad contigo por tu valor.» Muza, que vió retirar al maestre, se maravilló, y también se retiró, diciendo: «claramente se deja entender, valeroso maestre, que te retiras, y no quieres fenecer la batalla, por verme en tal estado, que della no podía yo sacar sino la muerte; y movido tú de mi mala fortuna, me quieres conceder la vida, de la cual reconozco me haces merced. Y también digo, que si tu voluntad fuere que nuestra lid fenezca, de mi parte no faltaré hasta morir, con la cual cumpliré á lo que debo á ley de caballero; mas si, como dices, lo haces por respeto de mi amistad, te lo agradezco infinito, y lo tengo á grande merced, por tener amistad con un tan singular caballero como tú, y prometo y juro de serlo tuyo hasta la muerte, y de no ir contra tu persona ahora ni en tiempo alguno, sino en cuanto fuere mi poder servirte.» Y diciendo esto, dejó la cimitarra de la mano, y se fué á abrazar al maestre, y él hizo lo mismo con mucho amor, y entendió de cierto el maestre que de aquella amistad habia de resultar muy gran bien á los cristianos. El rey y los demás que estaban mirando la batalla se maravillaron mucho, y no podían entender qué podía ser; y venido á entender el caso y la amistad, el rey con seis caballeros se llegó á hablar al maestre, y después de haber tratado cosas de muy grandes cortesías, sabiendo la amistad del maestre y de su hermano, aunque no se holgó mucho, dió orden de volver á la ciudad, porque Muza fuere curado, que lo habia bien menester. Y así se partieron los dos caballeros, llevando la amistad en sus corazones muy fija y sellada. Este es el fin que tuvo la batalla.

Vuelto el rey á Granada, no se trataba otra cosa sino de la escaramuza, y de la amistad que della procedió, y de la virtud, bondad y valor del maestre; y con razon, porque era adornado de todo. Y por él se dijo aquel romance, que dice:

¡Ay Dios, qué buen caballero
Es el maestre de Caltrava,
Y cuán bien corre los moros
Por la Vega de Granada!
Desde la fuente del Pino.

Hasta la Sierra-Nevada,
Y en esas puertas de Elvira,
Mete el puñal y la lanza;
Las puertas eran de hierro,
De parte á parte las pasa.

Siendo fenecida la batalla del maestre y de Muza, desamparando la vega el maestre se fué con las presas que habian hecho él y su gente. Volvamos ahora á lo que pasó en Granada, después que el rey entró en ella y sanó Muza de las heridas, que pasó mas de un mes.

CAPITULO V.

Que trata de un sarao que se hizo en palacio entre las damas de la reina y los caballeros de la corte, sobre el cual hubo pesadas palabras entre Muza y Zulema Abencerraje, y de lo que pasó.

Grande fué la reputacion que cobró Muza de valiente caballero, pues no quedó del maestre vencido, como lo habian sido otros valientes caballeros, á quien habia ven-

cido y muerto por sus manos. Entró Muza en Granada al lado del rey su hermano, acompañado de todos los caballeros mas principales de la ciudad. Entraron por la puerta Elvira, y por las calles donde pasaban, todas las damas le salian á mirar, y otras muchas gentes ocupaban las ventanas, que era cosa de ver. Desta suerte fueron hasta la Alhambra, donde fué Muza curado por un gran maestro, y estuvo casi un mes en sanar; después de sano fué á besar las manos al rey, el cual tuvo con su vista mucho contento, y asimismo todos los demás caballeros y damas de la corte; y quien mas con su vista se alegró fué la hermosa Fátima, porque le amaba mucho, aunque él no la pagaba su amor. La reina le hizo sentar junto á sí, y le preguntó cómo se sentía, y qué le habia parecido el esfuerzo del maestre. Muza le respondió: «señora, el valor del maestre es en demasia muy grande, y me hizo merced que la batalla no pasase adelante, por escusar el daño notable que estaba de mi parte, que era manifiesto; y juro por Mahoma, que en lo que yo pudiese le tengo de servir.—Mahoma le confunda, respondió Fátima, que en tal sobresalto nos puso á todos, y especialmente á mí, que como vi que de un golpe que os dió os derribó la mitad del bonete con todo el penacho, no me quedó gota de sangre, y faltándome de todo punto el aliento me caí amortecida en el suelo.» Fátima dijo esto, encendiendo todo su rostro en color, de suerte que todos echaron de ver que amaba al gallardo y valiente moro, el cual respondió: «mucho me pesa que tan hermosa dama viniese á tal extremo por mi causa;» y diciendo esto, volvió los ojos á Daraja, mirándola aficionadamente, dándole á entender que la amaba de corazón; pero ella se estuvo con los ojos bajos, y sin hacer mudamiento.

Llegada la hora de comer, el rey se sentó con sus caballeros á la mesa, porque en comiendo habia de haber gran fiesta y zambra. Las mesas fueron puestas, y comieron con el rey los caballeros mas principales, y eran cuatro caballeros Bencerrajes, cuatro Almorades, dos Alhamares, ocho Gomeles, seis Alabeces, doce Abencerrajes, y algunos Almoradines, Abenamar y Muza. Eran estos caballeros de grande estima, y por su valor les daba el rey su mesa. Asimismo con la reina comian muy hermosas damas y de buenos linajes, las cuales eran Daraja, Jarifa, Cobayda, Zaida, Sarracina y Alborayda: todas eran de la flor de Granada. También estaba la hermosa Galiana, hija del alcaide de Almería, que habia venido á las fiestas, y era parienta de la reina. Andaba enamorado de la hermosa Galiana el valiente Abenamar, y por ella habia hecho muchos juegos y escaramuzas, y por él se dijo este romance:

En las guerras de Almería
Estaba el moro Abenamar,
Frontero de los palacios
De la mora Galiana.
Por arrimo un albornoz,
Y por alfombra su adarga;

La lanza llana en el suelo,
Que es mucho allanar su lanza.
En el arzon puesto el freno,
Y con las cuerdas trabada
La yegua entre dos linderos,
Porque no se pierda, y paza.

Este romance lo dicen de otra manera, diciendo: *Galiana está en Toledo*, y es falso, porque la Galiana de Toledo fué mucho tiempo antes que los Abenamares, especialmente deste de quien ahora tratamos, y el otro de la pregunta del rey don Juan, pues en tiempo de aquestos era Toledo de cristianos, y así queda la verdad clara. La Galiana de Toledo fué en tiempo de Carlos Martel, y fué robada de Toledo y llevada á Marsella por Carlos. Esta Galiana, de quien ahora tratamos, era de Almería, y por ella se dice el romance y no por la otra; y este Abenamar era nieto del otro Abenamar.

Volviendo pues á nuestro caso, el rey con sus caballeros, y la reina con todas sus damas, comian con gran contento al son de muchas y diversas músicas, así de ministriles, como dulzainas, arpas y laudes que en la real sala habia. Hablando el rey y los caballeros sobre algunas cosas, en especial de la batalla del maestre y de Muza, y

del gran valor del maestre y de su cortesía, que era muy grande, de lo cual le pesaba al moro Albayaldos, que sentía mucho el no haberse acabado la escaramuza, porque le parecia que no era tanto el valor del maestre como la fama publicaba, y que si peleara en lugar de Muza habia de alcanzar victoria del maestre; por lo cual propuso en sí, que la primera vez que entrase en la Vega le habia de pedir campo, por ver si lo que se decia era así. Las damas también trataban de la escaramuza pasada, y del grande esfuerzo del valiente Muza, y de su donaire. Abenhamet no quitaba los ojos de Daraja, á quien amaba en extremo, y no era mal correspondido en su fe, porque ella le adoraba, por tener partes para ser querido, y porque en extremo era galán y valiente, temido y muy estimado, y alguacil mayor en Granada; que este cargo y oficio no se daba sino á persona de mucha estima, y nunca salia este oficio de los caballeros Abencerrajes, como se verá en los compendios de Estéban Garibay, y Camalao, cronista de los reyes cristianos de Castilla. Pues si Albayaldos estaba con deseo de probar el valor del maestre de Calatrava, no menos lo tenia su primo Aliatar, que se preciaba de valiente, y holgara ver si era así lo que se decia del maestre. El valiente Muza ya no trataba desto, sino de tener por amigo al maestre, y mas se entretenia en mirar á Daraja, que en las otras cosas, y tanto se embebecia en mirarla, que muchas veces se olvidaba de comer. El rey su hermano advirtió en ello, y coligió que amaba Muza á Daraja, y pesóle grandemente, porque también él la amaba de secreto, y muchas veces le habia descubierto su corazón, aunque no daba ella atento oído á sus querellas ni palabras, ni hacia caudal de lo que decia el rey. También Mahomad Zegrí miraba á Daraja: este era caballero de mucha calidad, y sabia que Muza la servia, pero no por eso desistia de su propósito, de lo cual no se le daba á Daraja nada, por tener puestos los ojos en Abenhamet, caballero Abencerraje, gallardo y estimado.

La reina trataba con sus damas cosas de los caballeros y sus bizarrías, y entre todos, los Abencerrajes y Alabeces, los cuales linajes eran deudos. Estando la reina hablando con sus damas, habiendo acabado de comer el rey y los demás caballeros, y habiéndose comenzado algunas danzas entre damas y caballeros, llegó un paje de parte de Muza, é hincando las rodillas en el suelo, le dió á Daraja un ramo de flores y rosas, diciendo: «hermosa Daraja, mi señor Muza os besa las manos, y os suplica recibais este ramillete que él mismo hizo y compuso por su mano, para que os sirvais de tenerlo en la vuestra, y que no mireis el poco valor del ramillete, sino la voluntad del que os lo envía, que entre estas flores viene estampado su corazón para que lo tomeis en vuestras manos.» Daraja miró á la reina, y se puso muy colorada, sin saber si lo tomaria ó no; y visto que la reina la miró, y no le dijo cosa alguna, tomó el ramillete, por no ser demasidamente descortés ni ingrata á Muza, por ser buen caballero y hermano del rey, considerando que por tomar el ramo no era ofendida su honestidad, ni su querido Abencerraje, el cual vió bien cómo lo tomó, diciéndole al paje, que ella le agradecía mucho el presente. Quien mirara á Fátima entendiera bien lo mucho que le pesó, porque nunca él la habia enviado ramillete; pero procuró disimular, y llegándose á Daraja, la dijo: «no podeis negar que Muza es vuestro amante, pues en presencia de todos os ha enviado este ramillete, y pues vos lo recibisteis, es argumento que le quereis bien.» Casi afrentada Daraja de aquello, la respondió: «amiga Fátima, no os maravilleis si recibí el ramo, que no lo tomé con mi voluntad, sino por no dar nota de ingrata en presencia de todos los caballeros y damas de la sala, que si no pareciera mal, lo hiciera mil pedazos.» Con esto dejaron de hablar sobre aquel caso, porque mandó el rey que danzasen las damas y caballeros, lo cual fué hecho, y Abenamar danzó con

Galiana; Malique Alabéz con su dama Cobayda, y muy bien, por ser estremada en todo; Abindarraez danzó con la hermosa Jarifa, y Venegas con la bella Fátima; Almoradi, un bizarro caballero pariente del rey, danzó con Alhorayda; un caballero Zegri danzó con la hermosa Sarracina; Algamun Abencerraje con la linda Daraja, y en acabando de danzar al tiempo que el caballero Abencerraje le hizo una cortesía, ella haciéndole reverencia le dió el ramillete, y él lo recibió con mucha alegría, y lo estimó en mucho, por ser de su mano.

El valiente Muza, que había estado mirando la danza, y no quitaba los ojos un momento de su señora Daraja, visto que le había dado el ramillete que le había enviado á su dama, ciego de enojo y pasión que recibió por ello, sin tener respeto al rey ni á los demás caballeros que en la real sala estaban, se fué al Abencerraje con una vista tan horrible, que parecía echar fuego por los ojos, y con voz soberbia le dijo al Abencerraje: «di, vil y bajo villano, descendiente de cristianos, mal nacido, sabiendo que aqueste ramo fué hecho por mi mano, y que se lo envié á Daraja, lo osaste recibir, sin considerar que era mio; si no fuera por lo que debo al rey, por estar en su presencia, ya hubiera castigado tu loco atrevimiento.» Visto por el bravo Abencerraje el mal proceder de Muza, y el poco respeto que tuvo á su antigua amistad, no menos encolerizado que él, le respondió diciendo: «cualquiera que dijere que soy villano y mal nacido mente mil veces, que yo soy muy buen caballero ó hijo-dalgo, y después del rey mi señor, no es ninguno tal como yo.» Diciendo esto, los caballeros pusieron mano á las armas para herirse, lo cual hicieron si el rey no se pusiera en medio, y todos los caballeros. Y muy enojado el rey contra Muza por haber sido el movedor de la causa, le dijo palabras muy sentidas; y por haber tenido tanto atrevimiento en su presencia, mandó saliese desterrado de la corte. Muza dijo que se iría, y que algún día, en escaramuzas de cristianos, le echaría menos, y diría: «¿dónde está Muza?» Diciendo esto volvió las espaldas para salir de Palacio; mas todos los caballeros y damas le detuvieron, y suplicaron al rey que se quitase el enojo, y alzase el destierro á Muza; y tanto se lo rogaron los caballeros, la reina y las damas, que le perdonó é hicieron amigos á Muza y al Abencerraje, y le pesó á Muza de lo hecho, porque era amigo de los Abencerrajes.

Pasada esta cuestión se movió otra peor, y fué que un caballero Zegri, que era la cabeza dellos, le dijo á Abenhamet Abencerraje: «el rey mi señor echó culpa á su hermano Muza, y no reparó en una razón que dijisteis, que después del rey no había caballeros tales como vos, sabiendo que en palacio los hay tales y tan buenos como vos, y no es de buenos caballeros adelantarse tanto, y si no fuera por alborotar el real palacio, os digo que os había de costar bien caro lo que hablasteis en presencia de tantos caballeros.» Malique Alabéz, que era muy cercano deudo de los Abencerrajes, como valiente y osado, se levantó y respondió al Zegri muy valerosamente, diciendo: «mas me maravillo de tí en sentirte tú solo, adonde hay tantos y tan preciados caballeros, y no había ahora para qué tornar á remover nuevos escándalos y alborotos; porque lo que Abenhamet dijo fué muy bien dicho, porque los caballeros de Granada son bien conocidos quién son y de dónde vinieron, y no penseis vosotros los Zegries, que porque sois de los reyes de Córdoba descendientes, que sois mejores ni tales como los Abencerrajes, que son descendientes de los reyes de Marruecos y de Fez, y de aquel gran Miramamolín. Pues los Almoradis, ya sabéis que son de aquesta real casa de Granada, también de linaje de los reyes de Africa. De nosotros los Maliques Alabeces, ya sabéis que somos descendientes del rey Almohabaz, señor de aquel famoso reino de Cuco, y deudos de los famosos Malucos; pues

donde están todos estos y habían callado, ¿por qué tú quieres renovar nuevos pleitos y pasiones? Pues sabe que es verdad lo que te digo, que después del rey nuestro señor, no hay ningunos caballeros que sean tales como los Abencerrajes, y quien dijere lo contrario mente, y no le tengo por hidalgo.» Como los Zegries, Gomeles y Mazas, que eran deudos, oyeron lo que Alabéz decía, encendidos en saña se levantaron para darle la muerte. Los Alabeces, Abencerrajes y Almoradis, que era otro bando, viendo su determinación, se levantaron para resistirle y ofenderlos.

El rey, que tan alborotado vió el palacio, y el peligro de perderse toda Granada, y así también todo el reino, se levantó dando voces, diciendo: «pena de traidor cualquiera que mas se moviere y sacare armas;» y diciendo esto, asíó á Alabéz y al Zegri, y llamó la gente de la guarda, y los mandó llevar presos. Los demás caballeros se estuvieron quietos por no incurrir en la pena de traidores. Alabéz fué preso en el Alhambra, y el Zegri en Torres Bermejas, y puestas guardas los tuvieron á buen recado. Los caballeros de Granada procuraron hacer las amistades, y al fin se hicieron interviniendo en ellas el rey, y fuera mejor que no se hicieran, como se dirá adelante.

CAPITULO VI.

Cómo se hicieron fiestas en Granada, y por ellas se encendieron mas las enemistades de los Zegries, Abencerrajes, Alabeces y Gomeles, y lo que pasó entre Zaide y Zaida acerca de sus amores.

Antes de pasar adelante con la fiesta concertada, diremos del valeroso Zaide y de la bella Zaida, á quien él tanto estimaba, y era tan público en Granada, que ya no se trataba sino de sus finos amores. Sabiendo esto sus padres della, determinaron de casarla con otro, y dar fama dello, porque Zaide se apartase de aquel propósito, y perdiese la esperanza de sus amores, y cesase en pasearle su calle y puerta, porque no fuese el honor de Zaida tan rompido. Y con este intento pusieron mucho recato en su hija, no dejándola poner á las ventanas, porque no hablase con Zaide; pero poco aprovecharon sus prevenciones, porque no por eso dejaba Zaide de pasear la calle, ni ella le dejaba de amar con mas fervor que de antes. Y como se publicaba el casamiento de Zaida por toda la ciudad, y que sus padres la casaban con un moro de Ronda, poderoso y rico, el bravo Zaide no podia sosegar de noche ni de día, ocupado en varias imaginaciones, procurando estorbar el casamiento con darle muerte al desposado. Y no cesando un momento de pasear la calle de su dama, por ver si la podia hablar para saber della su voluntad, porque espantaba el gallardo moro de que su Zaida consintiese en el casamiento, á causa de la fe y palabra que entre los dos se habían dado, la aguardaba por ver si salía á un balcon, como solia hacer.

La bella Zaida no estaba con menos pena y cuidado que su galán, deseosa de hablarle, y darle cuenta de lo que sus padres tenían tratado; y así salió al balcon, y vió al valeroso Zaide que se andaba paseando solo, con un semblante triste y melancólico; y alzando los ojos al balcon, y viendo á la hermosa Zaida tan gallarda y bizarra, se le quitó luego todo su mal, y llegándose al balcon temeroso habló á su mora desta manera: «dime, bella Zaida, ¿es verdad esto que se dice, que tu padre te casa? Si es verdad, dimelo, no me lo encubras, ni me traigas suspenso; porque si es verdad, vive Alá que tengo de matar al moro que te pretende, para que no goce de mi gloria.» La hermosa Zaida le respondió (los ojos muy llenos de lágrimas): «así me parece, Zaide, que mi padre me casa: consuélate, y busca otra mora á quien servir, que por tu gran valor no te faltará; ya es tiempo que nuestros amores tengan fin: el cielo sabe las pesadumbres que por tu causa he tenido con mi padre. — ¡Oh cruel! respon-

dió el moro, ¿es pues esa la palabra que me tienes dada de ser mia hasta la muerte? — Vete, Zaide, dijo la mora, porque viene mi madre buscándome; y así ten paciencia.» Diciendo esto, se quitó del balcon llorando, quedando el valeroso moro confuso, sin saber lo que determinar para alivio de su pena; y determinando de no dejar su pretension, sin perder la escaramuza de su pensamiento, desocupó el puesto, dejando allí el alma. Por esto que le pasó á Zaide con su mora, se dijo este romance:

Por la calle de su dama
Paseándose anda Zaide,
Aguardando que sea hora
Que se asome para hablarle.
Desesperado anda el moro
En ver que tanto se tarde,
Que piensa con solo verla
Aplacar el fuego en que arde.
Viola salir á un balcon
Mas bella que cuando sale
La luna en la oscura noche,
Y el sol en sus tempestades.
Llegóse Zaide, diciendo:
Bella mora, Alá te guarde,
Si es mentira lo que dicen
Tus criados á mis pajes.
Dícen que dejarme quieres,
Porque pretendes casarte
Con un moro que ha venido
De las tierras de tu padre.
Si eso es verdad, Zaida bella,
Declárate, no me engañes;
No quieras tener secreto
Lo que tan claro se sabe.
Humilde responde al moro:
Mi bien, ya es tiempo se acabe
Vuestra amistad y la mía,
Pues que ya todos lo saben.

Que perderé el ser quien soy
Si el negocio ya adelante:
Alá sabe si me pesa,
Y lo que siento dejarte.
Bien sabes que te he querido
A pesar de mi linaje,
Y sabes las pesadumbres
Que he tenido con mi madre
Sobre aguardarte de noche,
Como vienes siempre tarde;
Y por quitar ocasiones,
Dícen que quieren casarme.
No te faltará otra dama
Hermosa, y de galán tallo,
Que te quiera y tú la quieras,
Porque lo mereces, Zaide.
Humilde responde el moro,
Cargado de mil pesares:
No entendi yo, Zaida bella,
Que conmigo tal usases:
No entendi que tal hicieras,
Que así mis prendas trocasses
Con un moro feo y torpe,
Indigno de un bien tan grande.
Tú eres la que dijiste
En el balcon la otra tarde:
Tuya soy, tuya seré,
Y tuya es mi vida, Zaida.

Aunque la bella Zaida pasó con su Zaide todo lo que habeis oido, no por eso le dejaba de amar en su corazón, y el gallardo Zaide asimismo la amaba. Aunque la dama le despidió, muchas veces se hablaban, no con tanta libertad, porque sus padres no lo sintiesen; y le hacia todos los favores que solia, aunque el moro, por evitar escándalo, no continuaba en pasear la calle de su dama; mas no era tan en secreto, que no fuese sentido del moro Tarfe, amigo de Zaide, el cual tenia una envidia mortal en su alma, porque amaba de secreto á Zaida; y considerando que jamás Zaide dejaria de amar á la bella Zaida, acordó de revolverlos, poniendo cizaña entre los dos, aunque esto le costó la vida; porque así acaece á los que no son leales con sus amigos. Pues volviendo al caso de las fiestas atrás referidas, trataremos primero de un romance, que compuso un poeta en respuesta del pasado, y después diremos lo que en las fiestas pasó. Dice así el romance:

Bella Zaida de mis ojos,
Y del alma bella Zaida,
De las moras la mas bella,
Y mas que todas ingrata:
De cuyos rubios cabellos
Enredó amor mil lazadas,
En que ciegas de tu vista
Se rinden mil libres almas:
¿Qué gusto, fiera, recibes
De ser tan mudable y varia,
Y con saber que te adoro,
Tratarme como me tratas;
Y no contentó de aquesto
De quitarme la esperanza,
Porque de todo la pierda
De ver mi suerte trocada?
Ay cuán mal, fiera enemiga,
Lás veras de amor me pagas,
Pues en cambio del me ofreces
Ingratitud y mudanza!
¡Cuán presto le diste al viento
Tus promesas y palabras!
Pero bastaba ser tuya,
Para que tuviesen alas.
Acuerdate, Zaida hermosa,
Si aun aquesto no te enfada,
Del gusto que recibías
Cuando rondaba tu casa.

Si de día, luego al punto
Salías á las ventanas;
Si de noche en el balcon
O en las rejas te hallaba.
Si tardaba ó no venía,
Mostrabas celosa rabia.
Mas ahora ¿en qué te ofendo,
Que acorte el pasar me mandas?
Mándasme que no te vea,
Ni escriba billete ó carta,
Que un tiempo tu gusto fueron,
Mas ya tu disgusto causan.
Ay, Zaida, que tus favores,
Tu amor, tus palabras blandas
Por falsas se han descubierto,
Y descubres que eres falsa.
Eres mujer, finalmente,
A ser mudable inclinada,
Que adoras á quien te olvida
Y á quien te adora desamas.
Mas Zaida, aunque me aborreces
Por no parecerme en nada,
Cuando de hielo tu fueras
Mas sustentaras mi llama.
Pagaré tu desamor
Con mil amorosas ansias,
Que el amor fundado en veras
Tarde se rinde á mudanza.

Por ser aqueste romance bueno, y aludir mucho al pasado, se puso aquí, y por adorno de nuestra obra. Pues tornando á nuestro moro Zaide, valeroso y gallardo Abencerraje, quedó tan apasionado por lo que la bella Zaida le dijo, que le puso en extremo su pensamiento en si era verdad que los padres de Zaida la querían casar. Con este cuidado andaba el gallardo moro muy pensativo, y por consolarse paseaba la calle de su dama; pero ella no salía á las ventanas como otras veces solia, sino era muy

de tarde en tarde. Aunque la bella y hermosa mora le amaba tiernamente, no lo manifestaba, por no dar enojo á sus padres, y por esto no osaba hablar con su querido y amante moro; lo cual él sentía mucho, y lo mostraba hasta en los trajes y vestidos, porque conforme á la pasión que sentía, así traía el vestido, y por él juzgaban los caballeros y damas de Granada los efectos de su causa y de sus amores. Pues con estas congojas y pesadumbres andaba el valeroso Zaide tan imaginativo, sin poderlas apartar de su pensamiento, que le vinieron á poner en grande extremo y flaqueza, y estuvo muy mal dispuesto; y por consolarse, lleno de amorosas ansias, una noche muy oscura, buena á su propósito, bien aderezada la persona, y solo con un laud, se fué á la calle de su adorada mora á media noche, y comenzando á tocar el instrumento con mucho pesar, cantó en arábigo esta sentida canción:

Lágrimas que no pudieron
Tanta dureza ablandar,
Yo las volveré á la mar,
Pues que de la mar salieron.
Hicieron en duras penas
Mis lágrimas sentimiento,

Tanto, que de su tormento
Dieron unas y otras señas;
Y pues ellas no pudieron
Tanta dureza ablandar,
Yo las volveré á la mar,
Pues que de la mar salieron.

No sin falta de lágrimas decía esta canción el enamorado Zaide al son de su sonoro laud, acompañado de muy ardientes suspiros que le salían del alma, con que acrecentaba más las ansias de su pasión. Y así como el enamorado moro sentía pasión en su alma, como lo mostraba, no la tenía menor la bella Zaida, la cual luego que sintió el laud, y que quien le tocaba era su querido Zaide, porque en eso le conocía, se levantó muy quedito, y se fué á un balcon bajo, donde oía la canción y los suspiros que daba su amante, y enternecida le acompañaba en su mismo sentimiento con tristes lágrimas, trayendo á la memoria la sentencia de la canción, y por la causa que el moro la decía: la cual era de saber, que la primera vez que Zaide vió á su hermosa Zaida, fué en Almería un día de San Juan, siendo capitán de una fusta, con la cual hacia el moro grandes entradas, y muy grandes robos por la mar, y acaso llegó Zaide con su bajel á la playa de Almería, á la sazón que la bella Zaida estaba en ella holgándose con sus padres y parientes. Traía el moro gallardo en su navio ricos despojos de cristianos, y con muchas flámulas, gallardetes y banderas tendidas, las cuales adornaban y hermozeaban el navio, y fué causa que su padre de Zaida y ella entrasen á ver el navio y al capitán dél, el cual fué dellos conocido. El valeroso y gallardo Zaide los recibió con muy grande alegría y aplauso, poniendo los ojos en la bella Zaida, á la cual presentó muchas y muy riquísimas joyas, con las cuales descubrió su deseo y amor, y quedó amartelado della, y ella asimismo se enamoró del bizarro moro. Finalmente, se trató entre ellos que se fuese Zaide á Granada, y se tuviesen mucha fe y amor. El aceptó el partido, y determinó dejar la mar é irse á Granada, dejando su navio á un deudo suyo. Y estando en Granada el gallardo Zaide sirvió á su dama hasta aquel punto; y visto el proceder de los padres de su querida mora, y el gran disfavor que ella le había dado, lleno de amorosas llamas, le cantó la canción dicha, trayendo á la memoria sus primeras vistas.

Así como la bella mora consideró la pena que su amante mostraba en sus acentos, hizo el sentimiento que él, y llegóse al balcon enternecida, y llamóle quedo por causa de sus padres. No se tardó el bizarro moro en su ida, y llegándose cuanto pudo al balcon muy gozoso, le dijo su dama: «¿cómo, Zaide, todavía perseveras? ¿No sabes que me infamas? Advierte la nota que das; considera que mis padres me tienen puesta en vida estrecha solo por tu causa. Vete antes que seas sentido dellos, porque han jurado que si no hay emienda, que me han de enviar á Coín á casa de mi tio; no dés lugar á esto, porque será mi vida acabada. Y no imagines que te he olvidado, que tan en mi alma te tengo como antes. Pasen estos nublados, que Alá nos enviará bonanza.» Y llorando se apartó de su amante